Francisco Ayala

«Para quién escribimos nosotros», *Cuadernos Americanos*, año VIII, volumen XLIII, pp. 36-58 (México, enero-febrero, 1949).

5 Cuando, hace ya años, publiqué mi *Razón del mundo*¹, me proponía considerar con amplitud y el rigor debido un problema que durante estos últimos tiempos se ha debatido mucho por todas partes: el de la función que al intelectual le incumbe en la actual sociedad y responsabilidades que puedan caberle por sus desastres y trastornos. Aunque circunspecto, el libro provocó algunas indignaciones junto a no pocos asentimientos. Perturbaba prejuicios casi siempre fundados en la
10 comodidad, pero ya insostenibles, al subrayar ciertas relaciones y correlaciones que se han hecho obvias; y así, su publicación resultó, creo, eficaz — más, en todo caso, de lo que yo hubiera esperado —, probablemente por cuanto hurgaba en cuestiones vivas que para mí, dadas las circunstancias personales, eran candentes, pero que a todo escritor afectan ahora y solicitan, por mucho que se obtiene en volverles la espalda.

15 Procuré entonces enfocar plenariamente el tema de la actividad intelectual, referirlo a las condiciones sociales del presente y enlazar su tratamiento con la peculiaridad de nuestra concreta perspectiva, la que nos impone el hecho de pertenecer al ámbito cultural marcado por el uso del idioma castellano, con todas las implicaciones correspondientes a nuestro común destino histórico. Aquí he de retomar el tema por lo pronto en un aspecto limitado, y subjetivarlo por
20 completo; quiero preguntarme: ¿Para quién escribimos nosotros? Yo, español en América, ¿para quién escribo? El ejercicio literario se desenvuelve dentro de un juego de convenciones gobernadas en gran parte por la entidad del destinatario; según quien éste sea, así se configurará el mensaje, pues la relación entre escritor y lector constituye el sentido de cualquier actividad literaria, al determinar su forma. La forma abstracta, despersonalizada, en que hoy suele
25 escribirse, oculta —o mejor: esfuma, diluye— al destinatario en la indeterminación de un *público* vago, que tanto puede ser actual y real como supuesto y futuro, o meramente hipotético. Con esto, el escribir llega fácilmente [79] a ser una rutina profesional desenvuelta en el vacío y, más que un soliloquio, el discurso de un demente, sin engarces con el mundo exterior; en definitiva, una actividad desprovista de sentido. Será, pues, saludable que, a esta altura de las cosas, se pare uno
30 a preguntar para quién está escribiendo.

La guerra de España fue, como es notorio, un acontecimiento, no sólo peninsular, sino universal por su alcance y consecuencias morales. En el orden de la cultura concreta afectó directamente a todos los pueblos que participan en el idioma, y no con exclusividad a aquellos que están comprendidos en los límites políticos del Estado español. Ahí, su efecto inmediato fue
35 el de interrumpir la producción intelectual del país: ciertas publicaciones que durante la guerra se hicieron con el apoyo oficial en la zona republicana, excelentes y vivaces como eran, tenían en su maravilla un algo de inverosimilitud; las que, también oficiales, vienen apareciendo en España después de terminada la lucha, apenas son más que oquedad, fachada, propaganda. En todo ello no hay de qué sorprenderse: al Estado, cualesquiera sean sus orientaciones, no le interesa la
40 cultura sino como instrumento para sus propios fines, que son por esencia fines políticos; lo más que puede hacer en favor suyo es conservarla: mantener museos, fundar academias, subvencionar teatros, publicar archivos, editar clásicos. En cuanto a los brotes nuevos de la cultura, cuando no los pisotea, los diseca y falsifica —y no se sabe qué sea peor, si el caballo de Atila o los fabricantes de césped artificial. La guerra, pues, vino a suspender en España la creación intelectual: una gran
45 parte —no he de decir yo si la más calificada; en todo caso, la mayor— de los hombres que la ejercían salieron exiliados para reemprender como pudiesen su labor en nuevas circunstancias; y nuevas eran también —y no mejores— las que, en España misma, se les habían producido a quienes allí debieron quedarse: sus ulteriores escritos dan buena cuenta de ello. Unos, los más viejos, repiten melancólicamente su pretérito, se sobreviven; otros, que eran promesa, la han
50 desmentido, o desconcertados o hueros; y, entretanto, una nueva generación hace acto de presencia, vuelta sobre sí misma en busca de expresión lírica, o mediante cautelosos tanteos escapistas. Pero todo ello —la calidad refinada, el espíritu que, en sus manifestaciones intimistas,

¹ El título completo era *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Losada, Buenos Aires, 1944, texto donde reflexionaba también sobre el exilio, como en parte en otro volumen del mismo año, *Los políticos*.

alcanza a veces el grado más alto — aparece en conjunto sofocado y como acoquinado por aquella literatura inerte [80] y ramplona que antes de la guerra alimentaba las páginas del semanario mesocrático, la revista de barbería o el libro anodino, sin pena ni gloria. Desde este limbo, muchas figuras que por aquel entonces lo eran de pública irrisión, han escalado las posiciones más notorias, son acatadas — aun cuando sea, como es de suponer, a regañadientes de los mejores— y abruman a la vida literaria con sus cánones chabacanos. Quien pasee la vista por el panorama de la letra impresa en España durante los últimos tiempos, comprobará —son cartas puestas sobre la mesa— la apoteosis lamentable de los mediocres, que, no reducidos a producir y publicar — siempre lo hicieron en abundancia—, dan ahora el tono dominante. Hubiera podido esperarse, y no faltaba quien lo temiera, que los más idóneos voceros ideológicos del régimen, autorizados por los servicios que le hubieron de prestar como heraldos, dieran luego expresión auténtica a la realidad por él constituida. Mas ¿quién osa ahí expresar realidad alguna? ¿Qué escritor hay capaz de hablar a la nación? Orondos, los que nada tienen que decir dan rienda suelta a la pluma majadera, y explayan a sus anchas la nonada; sólo ellos están en su elemento y expresan, aunque sin pretenderlo, la ambiente realidad al exteriorizar su vacío, y quien, entre tanto, apremiado por su personal intimidad, tome la pluma para comunicar algún pensamiento o sentimiento original, tendrá que hacerlo, mediante recelosos desvíos, escribiendo con la cara vuelta... No; una situación históricamente oclusa no consiente al espíritu mayores despliegues, y hace sospechosa toda palabra verdadera, por más que se presente como desentendida, inofensiva o aun amistosa, por el mero hecho de invocar al público en nombre propio. Cuando Ortega se tomó la libertad de ensayar el timbre de su voz, que otrora conmovía los ámbitos del país, su cauto pretexto oratorio suscitó un eco miserable de injurias cuyo descaro lo confinaría otra vez en los senos del silencio². Y era previsible. Pues qué, ¿acaso no había sido afrentado [81] en sus propias barbas el viejo Unamuno, y reducido a callar para siempre?³

Quiero mostrar con esto cómo, no sólo los intelectuales exiliados, sino también los que permanecen en el suelo de España —hablo de quienes algo significan; la turbamulta de los demás no hace al caso—, hemos perdido toda posibilidad de dirigirnos a esa comunidad activa, hosca y amarga, sí, pero sensible, que era la nación española, ante la cual se desarrollaron las actividades literarias de sucesivas generaciones hasta el comienzo de la guerra.

¿Hemos hallado tal vez nosotros, al pasar a América, otro público para destinatario de nuestros mensajes?

Veamos ahora qué ocurre con la obra del escritor libre, carente de preparación superior especializada o que prescinde de tales andaderas al manifestarse; con la obra del ensayista, del periodista. Una vez agotadas las posibilidades del tema «España: su ser y destino», ¿de qué hablará y para quién?

Difícil parece que quien se expresa en español se resigne a no hacerlo para toda la extensión virtual del idioma. Desde Madrid se tenía la sensación de dirigirse a los cuatro puntos cardinales de su ámbito, y en parte esta sensación no era ilusoria. La antigua capital de la Monarquía, todavía centro político del núcleo más denso y numeroso de la lengua española, recogía e irradiaba los grandes movimientos y las grandes obras, no sólo sobre las provincias de aquel Estado, sino también sobre América, pese al prestigio de Francia, que, a partir del siglo XVII, había mantenido durante el XVIII y el XIX una tónica muy superior y de la que todos éramos feudatarios. El enfoque peninsular de los temas universales y los particulares temas españoles

² Dada la proximidad de fechas entre el curso sobre Toynbee de 1948, en el Instituto de Humanidades (véase la nota 3 del segundo artículo de Julián Marías), y la redacción de este ensayo, presumo que Ayala piensa en una intervención anterior y con pretexto que resultó ser efectivamente «Idea del teatro» fue la primera conferencia que dictaba Ortega en España, y lo hizo en el Ateneo de Madrid el 4 de mayo de 1946. En ese contexto enunció el famoso diagnóstico sobre la «casi indecente salud» del país: «el horizonte histórico de España está despejado».

³ En alusión al enfrentamiento en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de octubre de 1936 —el «Día de la Raza», como se llamaba entonces—, entre Unamuno y el general Millán Astray, que interrumpió el discurso de aquél con el grito «¡Muera la inteligencia!», replicado por el rector de Salamanca con el taxativo y exacto: «Venceréis, pero no convenceréis».

recibían de esa situación un prevalecimiento y una gravitación que en cierto modo podía pasar, y de hecho pasaba, por natural. La guerra civil ha arruinado la hegemonía de ese gran centro colector y redistribuidor de las actividades intelectuales hispanas. Si para bien o para mal, no es aquí la cuestión. Varios centros en lugar de uno pudieran comportar [82] inmensa ventaja; pero aquí no pretendo sino fijar hechos, absteniéndome también de vaticinar el futuro; por el momento, España es campo yermo para todo lo que no sea o mera erudición o una espiritualidad intimista vertida en cauces líricos. ¿Habíamos de adaptar nuestro espíritu los españoles emigrados a los moldes locales de este o el otro país, asumiendo en la emigración la misma actitud provinciana —engreída, sí; mas carente de verdadero aplomo: provinciana— que hoy prevalece también en el viejo solar? Aunque muchos de entre nosotros, mentalmente, lleven —a la manera de almas en pena, alrededor de las ruinas del viejo castillo— una existencia llena de gemidos nostálgicos, y no falten quienes hayan convertido el destierro en incesante peregrinación sin dar en playa donde sentar sus reales o árbol de donde ahorcarse, todos, puesto que sobre la tierra estamos, estamos en alguna parte, en algún país desde cuya perspectiva se nos muestra el conjunto. Y si —caso el más frecuente— ese país es uno de los que en América hablan español, la comunidad de cultura fundada por el idioma ofrecerá probablemente a ese intelectual emigrado posibilidades de un nuevo desarrollo para su pensamiento a partir de las concretas condiciones del medio ambiente en que ahora trabaja. Es necesario comparar su situación con la de aquellos colegas suyos que fueron a establecerse en los Estados Unidos o se quedaron en Inglaterra, en Francia, es decir, en dondequiera sean y deban ser a perpetuidad refugiados extranjeros; es necesario tomar como punto de referencia el confinamiento espiritual en que éstos se hallan estancados, dentro de una estrechísima «colonia» cuya comunicación con la actualidad histórica es sólo a través de otro idioma y mediante el complejo cultural de una comunidad extraña, para darse cuenta del valor que dichas posibilidades tienen. De manera curiosamente análoga a la de quienes viven en el secuestro de España, los intelectuales acogidos a tierras de otro idioma han de aplicarse a la evocación, a la erudición, o escapar por las vías de un desligado subjetivismo, sin salida al mundo. Las tiene, en cambio, el que vive en Hispanoamérica, con sólo apoyarse sobre los elementos de la comunidad local, abierta para él hasta cierto punto, y desde cuyo seno puede hacerse oír, puede actuar en alguna medida como hombre de pensamiento. Enseguida veremos con qué limitaciones.

[83]Por lo tanto, no quiero referirme a la limitación, tan brutal como ineludible, constituida por la realidad del presente histórico; me refiero a otras que dimanan de nuestra situación especial, como escritores españoles, ensayistas, periodistas, emigrados en América. Casi todas, y desde luego las más considerables, se remiten, directa o indirectamente, a la vigencia de los sentimientos nacionalistas; a la vigencia de sentimientos nacionalistas en los lugares donde vivimos, y a la vigencia de sentimientos nacionalistas en nuestro propio corazón de españoles. Tan hondo han penetrado por todas partes las concepciones del nacionalismo que —pudiera decirse, como se dice del bacilo de Koch⁴— todos estamos inficionados del mal, pues un mal, y no pequeño, es una ideología cuando han desaparecido ya los supuestos para un progreso basado sobre ella, y sólo le resta la nociva eficacia de las supersticiones... Con ésta tropezamos ahora a cada paso y, si no nos vigilamos, aun quienes tenemos la firme convicción de que constituye un dañoso e injustificable prejuicio nacido de condiciones pretéritas, caemos y volvemos a caer en su trampa; pues, desde fondos subconscientes, tiñe incluso nuestras mejores intenciones. Así, por ejemplo, cuando se hace mérito de la generosidad con que tal país ha acogido a los españoles, o éstos se quejan de la escasa hospitalidad de tal otro (quizá del mismo), ¿no parece apuntar en ello un cierto rasgo ridículo? Asume ahí de pronto el simple particular actitudes benévolas de huésped acogedor, con un alarde magnánimo apenas razonable —elegante, nunca— en el autócrata dueño del Estado y de sus leyes que en cualquier momento pudiera, no ya haber negado la entrada al súbdito extranjero, sino también expeler de sus dominios a ese mismo ciudadano particular que tan oficiosa como gratuitamente se pone a hacer los honores de la casa. Y si las atenciones que cada uno pueda haber recibido, los obsequios, los beneficios, se atribuyen, como es de razón, a la estimación, la simpatía o la amistad de las personas que en efecto los dispensan, y sólo por una vaga figura de dicción «al país», ¿cómo acusar a éste, en cambio, de las dificultades, inconvenientes o tropiezos que uno pueda haber sufrido?

150 Pero es grato sentirse protector a tan nula costa; y, en la desdicha, consuela el tener de quien

⁴ Bacilo de la tuberculosis, descubierto por el alemán Robert Koch en 1882.

quejarse: casi indomable resulta [84] la propensión de la gente a satisfacerse mediante pequeñeces tales, inocentes para sí y un tanto ofensivas para quienes las oyen, como que descansan en el supuesto inhumano de las contraposiciones nacionales. Españoles hay que, forzados a vivir fuera de España, proclaman, sin embargo, muy convencidos, la superioridad intrínseca de su triste patria — con mayor lógica, tendrían que juzgarla cruel e inicua —, en detrimento de los demás países: perciben para el propio las relaciones concretas de que su personal infortunio dimana, y a éstos los condenan en bloque, sin discriminación, y tal vez sin mejor causa que ese mismo infortunio, tan ajeno a ellos después de todo. Y es que aun la universalidad simbolizada por España en la hora de la Guerra Civil como sujeto de una absoluta demanda moral, proviniendo como provino de la rebusca apasionada de la «esencia» española, presentaba una proclividad hacia el nacionalismo, es decir, hacia la más cerril negación de lo universal. Dignidad irritada y un despecho muy comprensible explican la chocante agresividad nacionalista que, en este punto, hace reaccionar a muchos emigrados españoles, cualquiera que sea su expresa y confesa ideología, como verdaderos fascistas.

Mas deberá reconocerse que, en gran medida, esa reacción viene provocada por el nacionalismo que deben enfrentar en la emigración, tan inconsciente casi siempre como el suyo, pero que, aun así, introduce un factor venenoso en las difícilísimas condiciones de quienes, hombres adultos y formados, iban a rehacer sus vidas en un nuevo ambiente, donde, al irrumpir, desplazarían el volumen correspondiente a individualidades pujantes con frecuencia y a veces poderosas. La circunstancia de ingresar en países poco densos y en curso de crecimiento no bastaba, con ser muy favorable, a eliminar por completo los rozamientos y fricciones de toda índole que su incorporación hacía, no previsibles, inevitables; y el complejo mental, raíz de los sentimientos nacionalistas, añadiría virulencia a cada pequeño conflicto individual, amargura a cada penuria, al recargar la mínima discordia con el bagaje solemne de bandera, himno, héroes y mártires, padres de la patria, rotas: cadenas, glorias pretéritas, soberanía inalienable, etc., etc. ¡Si la cortesía lo trata de gratos huéspedes! ¡Qué no será cuando medien] intereses opuestos, competencias, diferendos, envidias, resquemores privados o enconos políticos, cuando surja alguna colisión, algún antagonismo, o cuando, sin eso, sufran menoscabo de sus labios los tabúes colectivos que, por lo común, cubren y salvan [85] el resentimiento deparado a cada uno de nosotros por las frustraciones de su vida! Una declaración de «huésped ingrato» amenaza fulminarlos en cualquier momento.

Ese amago afecta en mayor proporción al escritor, cuyo oficio se ejerce en la publicidad y que, de un modo u otro, deberá tocar registros de la vida pública, hurgar en las zonas sensibles; y si la ancha comunidad del idioma y la indeterminación del público le permiten soslayar el riesgo, la mezquindad de la posición social reservada al oficio literario, sus parcas o aun míseras retribuciones, sus gajes lamentables, imprimirán, en cambio, un sello de extrema sordidez a aquellos pequeños conflictos de interés que suelen suministrar ocasión a la tacha de extranjería. Pero lo que más importa es esto: carecerán de soltura y aplomo para abordar los temas concretos relativos a la comunidad, y sólo mediante una gran circunspección se acercarán a ellos. La crítica de costumbres, acontecimientos, hechos e ideas — para no hablar de los problemas políticos litigiosos — apenas estará a su alcance; tendrán que acometerla en forma indirecta, disparando acaso por elevación al apuntar sobre objetivos distantes con discursos muy abstractos dirigidos a un público también indeterminado. Lo notable es, no obstante, que si el escritor español en América se cree cohibido y obligado por sus antecedentes de emigrado político a una reserva, a un lujo de precauciones que hacen sibilinos, reticentes o vagarosos sus escritos, no tienen más aguzada punta ni agarran con mayor brío la realidad inmediata los escritos que, junto a los suyos, publican intelectuales del país a quienes no amenaza el palmetazo, castigo de intrusos. ¿Qué ocurre, pues? ¿Tal vez pesan sobre éstos inhibiciones análogas? Pienso que, en cierto sentido, sí; que ese nacionalismo desaforado, causa activa y pasiva de serias limitaciones a nuestra labor, limita igualmente la de cualesquiera escritores, como síntoma que es, en su propio exceso, de la general descomposición que desconcierta a todo el mundo. ¿Quién está hoy libre en él de posible falla a los ojos del perfecto patriota? El uno, porque es judío, y basta; el otro, por su apellido extranjero; aquél, por haber nacido en la línea de la frontera o haberse educado en Europa; aquel otro, porque tuvo un tiempo veleidades socialistas, o porque sirvió a la oligarquía y al capitalismo internacional; el de más allá, porque es hermano de Fulano, o porque él mismo, en tal emergencia... En resumidas cuentas, todo el que no sea un resuelto partidario del [86] gobierno atrae la sospecha de pertenecer, dentro de la nación, al partido nefando e impreciso de la

antipatria; y, a la espalda de cualquier gobierno, todavía habrá nacionalistas frenéticos para poner en cuarentena el patriotismo de las propias autoridades oficiales, mientras que, por doquier, grupos hostiles entre sí se disputan su monopolio. Si hasta — ¡broma parece! — los comunistas alardean ahora de un puntilloso celo patriótico... Debajo de todo esto, ¡qué enorme falsificación! Y, lo que es evidente, ¡qué destrucción profunda de la concordia civil!

Sí: bien mirado, las interdicciones que pesan sobre el escritor español en exilio no le son peculiares; menores que las sufridas por sus colegas en España, pesan también sobre todos los demás escritores. Pues, bien mirado, *todos los escritores viven hoy en exilio*, dondequiera que vivan. Con unos amigos repasaba yo hace poco una colección de la memorable revista *España*,⁵ que aparecía en Madrid allá por los años de la Primera Guerra Mundial, y, considerando sus artículos: «¿Dónde —nos preguntábamos— podrían publicarse hoy en día cosas tales y en un tono semejante?». Y, sin embargo — señal notable —, no lograba evitar uno que aquellas cosas tan vibrantes y audaces, leídas ahora, le parecieran al mismo tiempo demasiado ingenuas... ¡Ay, cuánta experiencia histórica ha echado sobre nuestros hombros esta larga década!

Puesto que no hemos sido abrumados por su peso, nuestra misión actual consiste en rendir testimonio del presente, procurar orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana, una restaurada dignidad del hombre: nada menos que eso. Y eso, en medio de un alboroto en que apenas si nuestro pensamiento consigue manifestarse, ni hacerse oír nuestra voz. Pues si nos preguntamos: ¿Para quién escribimos nosotros? Para todos y para nadie, sería la respuesta. Nuestras palabras van al viento: confiemos en que algunas de ellas no se pierdan.

Voy a referirme, por último, al escritor literario, al autor de ficciones poéticas, cuya orientación es, sobre todo, hacia el valor estético. Habrá quienes supongan que, para esta clase de escritores, cuya obra libérrima depende tan sólo de la propia virtud creadora [87], es menor o nulo el problema planteado por la expatriación, ya que, de una parte, ésta le propone experiencias que, en principio, pueden servirle de estímulo tanto como de rémora, y, por otra parte, tiene la fortuna de escribir en un idioma que se extiende por el mundo mucho más allá de las fronteras políticas del Estado español. El hecho de que su mensaje se dirija, como se dirige, a las zonas íntimas del sentimiento, a la imaginación sin fronteras, y eso mediante los recursos del lenguaje común; de que te hable a ti, directamente, con las palabras de todos, parece apoyar esa opinión: el salto de lo concreto hasta lo universal está exento ahí de la servidumbre a instancias intermedias.

Mas la cuestión no resulta tan simple. Si —según hemos visto— el escritor que, como ensayista, como crítico de costumbres, como periodista, maneja discursivamente los elementos que encuentra dados en la realidad histórica presente, se ve trabado por las brutales alternativas en que esa realidad se descoyunta y, en particular, por el hecho de haber sido desconectado del plexo social originario, también, aunque sutil, la invención literaria se cumple y ha de cumplirse bajo el supuesto de un cierto ambiente, y sometida a las condiciones que éste le impone. El literato, el poeta, produce, es cierto, a partir de su personal genio; pero este impulso propio requiere ser realizado sobre la base de unos materiales de experiencia con los que se relacionará, no sólo el contenido concreto de la obra, y no sólo el grado de su logro estético, sino incluso la posibilidad misma — posibilidad espiritual, tanto como material — de ejecutarla. Pues bien: consideremos de nuevo las condiciones del escritor emigrado, para referirlas al caso del creador literario, desconectado — desgajado, pudiera decirse, por la violencia y la brutalidad del tirón que lo separó — de la comunidad donde se formara, y privado casi por completo del público español, al que con dificultad y mediatización llegan sus escritos. El fondo de realidad concreta en función del cual escribía le ha sido, pues, arrancado, con la doble consecuencia de cortarle, a un tiempo mismo, las incitaciones connaturales para su producción y el destinatario a que en primer lugar tenía que dirigirse. Artificioso sería separar estos dos aspectos: son las dos caras de una situación, y ambas se remiten al mismo hecho; pues si el escritor fue desgajado de España, España fue desgajada de él por el mismo golpe del destino. Y como quiera que la vida no se detiene y el hombre cambia de continuo y la historia prosigue, [88] al seguir él viviendo fuera del país, el país sin él, llegan con el tiempo a extrañarse recíprocamente, y empleo aquí esta palabra, «extrañarse», de modo ambiguo, con el doble sentido de echarse en falta y de hacerse ajeno y sentirse tal.

Todo junto, el corte brusco, el trasplante a circunstancias vitales cambiadas y, en fin, esa

⁵ Semanario político, esencial entre 1915 y 1924, que fundó Ortega y que llegarían a dirigir personalidades como Luis Araquistáin o Manuel Azaña.

cerrada beligerancia que no hemos buscado ni querido, pero que vino, impuesta por el curso de los acontecimientos, a imprimir un sello tan indeleble como arbitrario sobre la personalidad real de cada uno de nosotros, ha tenido, pues, el efecto de someternos a una especie de fijación, tanto
 265 más funesta cuanto que, aferrados a un punto del pasado —a saber, el punto crucial de la guerra en que culminara el problema español, adquiriendo proyecciones universales—, un mundo que se había hecho fluido, vertiginoso, nos inundaba y golpeaba sin afectarnos a fondo. Nuestra existencia durante este período ha sido pura expectativa, un absurdo vivir entre paréntesis, con el alma en un hilo, haciendo cábalas sobre la conflagración mundial, escrutando el destino que para
 270 los españoles prometía su deseado desenlace y esperando de la gran catástrofe aquellas restituciones que España merecía. Menester fue que se pudrieran aun las más obstinadas esperanzas para que, desprendidos del punto de nuestra fijación al pasado (*pasado* era, irremisiblemente, con restitución o sin ella, la España por la que se suspiraba, aun cuando el anhelo la transfiriese hacia el futuro; *pasado* sus motivos, sus temas, su tono, su tiempo), para que
 275 desprendidos de ese pasado, digo, se nos hiciera presente ahora la urgencia de recobrarnos, y de que, volviendo cada cual en sí, sean dilucidadas con entera claridad, a partir de la verdadera situación, las perspectivas de cumplimiento que restan a nuestra vida de escritores; lo que, en último término, equivale a examinar el actual estado y posible desarrollo de la literatura española en su conjunto.

280 El problema, pues, consiste en cómo retomar ahora en nuestras manos, digerida tan terrible experiencia, la dirección de nuestra propia vida de escritores, tal cual ésta se nos da, dentro de circunstancias cuyo marco no podemos alterar, pero sobre cuyo fondo debemos actuar con los medios que nos son peculiares; es decir, dentro de las circunstancias de la emigración, y asiéndonos a ellas con toda [89] resolución y energía; pues la emigración pertenece de lleno, lejos
 285 de ser un accidente inconsiderable y accesorio, al destino de la literatura española, como le pertenece —lo que no es sino la otra faz de ese mismo destino— el cautiverio de España; pues si hay una llamada España peregrina es, precisamente, porque hay una España cautiva.

En orden a la producción literaria, esto significa entregarse a ella con plenitud espiritual, y no postergarla o bordearla en nostálgicos ejercicios más que a otra cosa destinados a hacer tiempo; significa afrontarla con seguro aplomo desde el estricto presente y alimentarla con los jugos de ese presente en que el escritor vive, puesto que es la forma que éste le impone lo que presta aptitud literaria a una materia, y no las cualidades intrínsecas que ella pueda tener; en una palabra,
 290 ponerse a la obra, y crearla en la única manera que una obra poética puede crearse: con aceptación de la experiencia que la vida ha querido proporcionar al artista, en vez de echarla a un lado como irrelevante, como inexistente, a cambio de anhelos ideológicos y vagas evocaciones sobre los que sólo cabe construir falsificaciones «literarias», literarias en el sentido peyorativo con que la
 295 palabra se emplea a veces. Y conste que no estoy postulando con lo dicho —muy enojoso sería que se entendiera así— especie alguna de realismo; lo que sugiero para nada afecta a criterios estéticos, ni tiene que ver con «temas», «asuntos», «ambientes», «tramas», etc. Es algo previo a decisiones tales; señala hacia la actitud del escritor frente al mundo, al necesario estado de apertura de su corazón y de su mente, agarrotados hasta ahora, en mayor o menor medida, por el traumatismo de la guerra civil que, obturando la natural fluencia de su espíritu, desvió y dispersó su curso en un terrible desperdicio: de capacidades creadoras. Se dirá acaso que son muy cuestionables generalizaciones como ésta en asunto tan dependiente de factores individuales; que
 300 muchos poetas, muchos escritores, cualquiera sea su vena, podrán exclamar: «Nada de eso va conmigo; yo sé lo que hago, y nadie ha de decirme ni lo que debo, ni lo que puedo hacer, ni cómo». Y quizá una generalización así no sea, en efecto, sino "pudorosa vestimenta del problema particular de uno. Mas, con todo, ¿quién no percibe en alguna proporción, de algún modo, desde algún ángulo, en cuanto situación personal, esas mismas condiciones generales aludidas? ¿Qué escritor español no padece el deterioro de la España actual, su estrechez, su asfixia? Los ha habido que [90] se expatriaron pasada la guerra, sin que en su arte de poetas líricos ni en sus personales circunstancias de funcionarios docentes los amenazara detrimento directo por parte del régimen; y tampoco faltan inverosímiles partidarios de éste que se mantengan igualmente fuera, en una incongruente emigración con que desmienten sus oficiosas loas. Pero, fuera, ¿qué escritor no
 315 padece, en cambio, las restricciones inherentes a su ausencia?

De nada vale cerrar los ojos a la realidad y prescindir de ella, borrarla en la imaginación; pues tan arriesgada pirueta no se puede cumplir sino a costa de eliminarse también uno mismo; equivale al suicidio. Si no deseamos incurrir en él, si hemos de intentar salvarnos salvando la

continuidad de las letras españolas, tenemos que ponernos a elaborar literariamente las
 320 inmediatas cosas que la realidad en cuyo centro nos hallamos instalados ofrece a nuestros ojos;
 cosas inmediatas, o lejanas vivencias, o fantasías, o puros elementos de la subjetividad —que de
 eso nada se prejuzga aquí: los procesos de elaboración artística sólo en vista de sus resultados
 estéticos pueden valorarse—, pero, eso sí, en todo caso desde el centro mismo de la más rigurosa
 y concreta y tensa conciencia de actualidad.

325 Esto, en cuanto a la producción literaria. Y si para tal aspecto principalísimo de la actuación del
 escritor se predica una resuelta aceptación de las circunstancias, ¿qué no procederá predicar para
 lo que se refiere a la política literaria?

No olvidemos, por lo tanto —algunos tienden a olvidarlo—, que ambas Españas, la peregrina
 y la cautiva, la fugitiva de sí misma y la aherrojada en sí, se anhelan recíprocamente, víctimas de
 330 un mismo destino. Olvidarlo pudiera ser fatal para todos, y quizá antes que para nadie para
 nosotros, los emigrados, que, desde cierto punto de vista, somos los fuertes, los afortunados, los
 privilegiados, pero desde otro, en nuestra calidad de «especie a extinguir», sin posible prole
 independiente, somos horriblemente débiles; y, sobre todo, fatal para el porvenir de las letras
 hispanas, porque ello supondría la perduración de una beligerancia extendida por insensatez, no
 335 contra lo que la merece, que es ajeno por esencia, opuesto, a la literatura, sino contra España
 entera y cuanto allí alienta y quiere vivir, y por querer vivir es fraterno a cuanto quiere vivir en
 nosotros mismos; y porque, abusando de la ventaja de nuestra suerte, dotada de la pura,
 imbatible e inmarcesible virtud de las causas perdidas, y favorecida además con mucho mejores
 posibilidades de desenvolvimiento espiritual, acrecentaría resentimientos, [91] dañando así a
 340 quienes debieran lastrar con su peso el alma. Piénsese que las perspectivas de actuación sobre la
 realidad práctica que nuestro oficio de escritores nos proporciona están ligadas a un tácito
 entendimiento de los espíritus más finos, acá y allá, de los mejores ingenios; a una solidaridad en
 compartidos valores; a la postulación de algo que, por encima de lo litigioso, litigue de la otra
 manera, e indirectamente luche contra la sordidez mental en que España (aunque no sólo ella)
 345 yace, por haber recaído, no en iletrada condición —lo iletrado tiene, por virginal y bronco, su
 peculiar grandeza—, sino en el corrupto dominio de la pseudoliteratura flatulenta y del
 pensamiento pensado y requetepensado, desenterrado, apócrifo, cuyas concomitancias oficiales
 intimidan toda expresión genuina. Círculos estrechos y excluidos de entendimiento tienen que
 fundar el rescate espiritual en una acción combinada de dentro y de fuera, con ostensible
 350 prescindencia —casi diría con desconocimiento insolente— de cualquier consideración, hacia
 fuera o hacia dentro, ajena a los propios intereses del espíritu, del pensamiento, de las letras. Pues
 claro está que las actitudes de cortesía diplomática en nuestras recíprocas relaciones tendrían el
 deplorable efecto de añadirle al falseamiento —en este campo, especialmente nocivo— que toda
 diplomacia implica una cierta nota de afectación, ridícula tras del sangriento hartazgo.

355 Queda el problema del acceso hasta el público. En verdad, no es éste —como acaso parezca—
 problema secundario o ulterior: lo que se escribe está siempre escrito con vistas a un lector, desde
 el individuo destinatario de una simple carta hasta el impersonal y retórico «lector amigo» de los
 viejos prólogos; aspira a un ámbito de resonancias que, de antemano, en la representación del que
 está escribiendo, contribuye a configurar el mensaje en busca del más atinado ángulo de
 360 incidencia. No se escribe igual, como es notorio, cuando ello ha de pasar por una censura cuyas
 miradas se conocen y cuyos criterios se calculan, que cuando puede encaminársele libremente en
 procura de afinidades, curiosidad o simpatía en la incógnita multitud; ni cuando prevalece un
 ambiente social, que cuando es otro el que domina. De modo consciente o inconsciente, el escritor
 se atempera; rechaza unos asuntos y se acoge a otros; elige sus puntos de partida, establece el
 365 sistema de sus referencias y decide el sesgo de presentación de su tema, según las características
 de su público. No se pida para escribir una libertad omnímoda, porque libertad omnímoda nunca
 la hubo ni puede darse, ni si pudiera [92] constituiría probablemente el mejor estímulo del arte;
 cuando no sea el aparato oficial quien lo cohibe, el ambiente público le impondrá sus propias
 limitaciones. Pero si éstas, cualquiera sea su origen, pasan de la raya, el ejercicio literario,
 370 sofocado, languidece, sucumbe; y en esa raya estamos. Mas de su esfuerzo por perdurar depende,
 en parte, que las barreras se relajen y cedan a su paso. Es lucha desigual la del espíritu; pero,
 como pasa con las luchas entre animales de especie diferente, esa misma diferencia proporciona al
 más débil la oportunidad de tácticas y defensas específicas, inimitables, que tal vez,
 eventualmente, lo hagan imbatible. Desde la literatura de cenáculo y catacumba —oscuridades de
 375 la forma, rigor extremo de las ideas, pueden constituir de por sí guarecidos conventículos, especie

de conciliábulos sutiles— hasta la que busca la intemperie popular, toda una gradación de medios hay que el escritor debe tantear sin desmayo para abrirse vías de acceso hacia núcleos de entendimiento cuya irradiación resulta, en principio, incalculable.

380 Que ese entendimiento tiene su natural comienzo en la angostura casi privada y doméstica de la vida literaria, con las relaciones entre colegas y el escribir como en clave para minúsculos grupitos, es cosa comprensible; de ahí hacia la más abierta publicidad, el camino resultará tan fácil o tan penoso como las circunstancias del medio impongan; pero el punto de partida no será otro. Y ahora que llegan de España — con sordina y por alusiones, en la letra impresa; claramente, en la correspondencia particular— algunos llamamientos patéticos de la generación más joven, grave
385 sería que no supiéramos acudir a un diálogo sin duda espinoso y quizá, a ratos, amargo, pero cuyas tensiones crearían el ámbito de resonancias para una comunidad espiritual restablecida en la manera única que comunidades tales pueden darse hoy; como inteligencia fundamental de los mejores en un plano muy desligado de contingencias prácticas inmediatas. Pues no nos engañemos: el enrarecimiento que escandalizara y aterrara como súbita cerrazón de un cielo
390 tormentoso sobre la Península, adelantaba una tendencia que trae sobre nuestro mundo tiempos tales como para haber de preservar con angustia e invisible heroísmo los signos del espíritu en una casi incomparable confabulación de almas solitarias, de obstinados y secretísimos anacoretas, disimulados entre las muchedumbres y retirados en medio de la ciudad, a la espera de ser descubiertos.